



ANÁLISIS Y DEBATE
1

LAS TRANSFORMACIONES DEL SOCIALISMO EN LOS AÑOS SETENTA-OCHENTA

Salvador CLOTAS

Uno

La izquierda, y también el socialismo democrático, ha vivido una etapa caracterizada por una cierta confusión y crisis teórica. Sin embargo, en los últimos años estamos asistiendo a un debate en diversos ámbitos nacionales y partidarios que parece poner las bases para una renovación del pensamiento socialista, capaz de superar el bache teórico y responder con eficacia a los retos que plantean las profundas transformaciones sociales. Los acontecimientos que se están produciendo en la Unión Soviética, en Hungría y en Polonia tienen un carácter histórico y, aunque es mejor ser precavido en cuanto a su desenlace final, es evidente que hoy favorecen una cierta homogeneización del relato de la izquierda europea, durante tantas décadas dividido en una confrontación insalvable. El discurso renovado del socialismo democrático no surge sólo del debate académico y de la relectura de los clásicos y los modernos sino también, y muy especialmente, del conocimiento de los problemas actuales, en un verdadero compromiso entre la política que es necesario desarrollar y el discurso teórico. Alfonso

Guerra, en la inauguración de las segundas jornadas de Jávea que se dedicaron precisamente al estudio de los «nuevos horizontes teóricos para el socialismo», lo decía con gran claridad: «La reflexión y el debate teórico sobre el futuro del socialismo sólo se puede producir, de esta manera, a partir de un claro compromiso con el presente, a partir de una inequívoca voluntad de realización práctica de las políticas que es posible desarrollar —e imaginar— en el presente» (1). Hemos de dar por terminada pues la vieja fórmula de que las palabras van por un lado y las acciones por otro, y también la irracionalidad en la que algunas veces ha caído la izquierda más radical de pretender que si la realidad no respondía a su discurso era un defecto de la realidad.

Los cambios que ha experimentado el socialismo en esos dos lustros han sido bastante importantes en la evolución del pensamiento socialista y cuentan, además, con una particularidad significativa para nosotros, y es que, a diferencia de lo que ocurrió en el debate marxista de los años treinta o en las políticas socialdemócratas de la posguerra, nuestra experiencia en los últimos años juega un papel de primer orden, seguramente más por la transición a la democracia y los logros del primer gobierno socialista de nuestra historia que por la capacidad de teorización de estas experiencias. No se trata, sin embargo, de hacer una radiografía ideológica de ningún partido en especial, ni siquiera del PSOE, sino de una aproximación a transformaciones que van más allá de las experiencias concretas aunque se basan en ellas. Como la palabra socialismo sufre a veces de un empleo excesivamente ambiguo, quiero advertir que me referiré al socialismo que tiene dos objetivos insoslayables. El de *democrático* que excluye, incluso en lo que normalmente se considera nuestra propia tradición, cualquier tentación de adjetivar la democracia, y el de *racional*, que excluye todo deslizamiento hacia posiciones mesiánicas o salvíficas alejadas de la racionalidad. Aunque éstas suelen ser más propias de las religiones han caracterizado también a una buena parte del pensamiento de izquierdas. Como muy bien explica Luciano Pellicani en un artículo sobre «El mito de las revoluciones» (2). La aspiración a una sociedad justa y la aspiración a la libertad son antiguas, como también lo son el fanatismo y el autoritarismo. La historia del socialismo tiene capilares que nos llevarían muy lejos y que de ninguna manera deben ser despreciados. Como han señalado muchos autores, en la Ilustración reside seguramente el antecedente más claro, en los ideales de la Revolución Francesa, que aunque comúnmente aceptados hoy por la mayoría de las ideologías, han constituido los valores propios del socialismo democrático frente al socialismo sin libertad o a la libertad sin solidaridad que caracteriza al pensamiento liberal. La crítica de Marx impidió que así lo considerara una parte decisiva de la izquierda, que prefería ver en el marxismo y la Revolución del 17 su única acta fundacional. Hoy, cuando la crítica marxiana no resulta ya tan convincente y aunque

no se coincida con todo lo que se está diciendo respecto a la recuperación socialista de la Ilustración, parece forzoso reconocer que fue en las corrientes del pensamiento que surgieron a raíz de ella; donde hay que situar los inicios del pensamiento socialista, y no tanto entre las secuelas del marxismo que, como afirma Andrés de Blas, no ha tenido una influencia tan decisiva como a veces se ha dicho.

Dos

Todavía hoy, para los que vivimos la juventud en esos años, los sesenta nos parecen una década repleta de grandes esperanzas. El crecimiento económico, el pleno empleo, el incremento del bienestar y la seguridad en los países gobernados por la socialdemocracia o por gobiernos conservadores que mantuvieron políticas de bienestar, crearon una situación fácil en la que, al menos, intelectualmente se podía permitir el lujo de soñar en la revolución. Para toda una generación, los *posters* del Ché Guevara representaron algo más que una moda. Argelia, Cuba, Vietnam fueron las causas de una izquierda que creyó que en alguna parte situada lejos de Europa, eso sí, la revolución era posible y deseable. Althusser y Poulantzas daban nuevo vigor al marxismo. La socialdemocracia aseguraba cada vez mayores niveles de igualdad y dotaba a la clase trabajadora de instrumentos de defensa de sus intereses. Esto no suscitaba más que un cierto desprecio intelectual, las causas lejanas permitían en cambio una fuerte militancia. Las costumbres se hacían más libres. Se decía que los capitalistas milaneses estudiaban *El capital* de Carlos Marx.

Este panorama, que merecería ser descrito con mayor rigor, entró en crisis al final de los sesenta y se oscureció y cambió profundamente durante la década siguiente. La explosión del mayo del 68 no fue el principio de casi nada sino, más bien, el final de las ilusiones de una generación que llevó sus exigencias más allá de lo que era razonable obtener de una economía que empezaba a tener problemas y de una Europa escasamente dispuesta a correr ninguna aventura.

Un crecimiento sostenido, capaz de asegurar una alta demanda interna y mejorar las condiciones salariales y sociales de los trabajadores, fue la fórmula que permitió crear el mayor nivel de bienestar y justicia que han conocido los países europeos. El aumento del precio del petróleo y sus consecuencias cambió radicalmente la situación, y provocó una crisis de la tasa de ganancia del capital que los economistas consideran de carácter no keynesiano y para la cual los partidos socialdemócratas no tenían respuestas adecuadas. No era un problema de salarios sino de rentabilidad del capi-

tal. Por eso el intentar prolongar las políticas keynesianas dio lugar a la caída de los gobiernos socialdemócratas, a una verdadera explosión de conflictividad social y a cambios de rumbo en las políticas económicas dirigidas por una derecha neoliberal dispuesta a dismantelar el Estado de bienestar. En su obra *Tras el diluvio*, Ludolfo Paramio analiza este problema y afirma que «el paradigma de crecimiento económico asociado al modelo socialdemócrata de sociedad había llegado a su límite, y precisamente a causa de su propio éxito. Este límite se había alcanzado cuando la capacidad reivindicativa de los trabajadores había llegado a ser superior a la propia capacidad productiva del sistema capitalista». La conclusión a la que llega Paramio resulta interesante desde el punto de vista ideológico cuando dice «que este límite pone en evidencia la existencia de un retraso dentro del movimiento obrero de la capacidad de dirección política respecto a la capacidad puramente reivindicativa. El nivel de conciencia política era inferior a la fuerza del movimiento» (3).

El modelo socialdemócrata se basó, a grandes rasgos, en la experiencia sueca más o menos mezclada con la del laborismo inglés. Así surgió el paradigma que combinaba un elevado nivel de prestaciones sociales gratuitas (educación, sanidad) o subvencionadas (vivienda) con una política fiscal redistributiva y una economía mixta (especialmente en el caso inglés). Más allá de las críticas que recibió en su momento, calificándolo como modelo tibio cuando no producto de una traición ideológica, hay que reconocer en él las ventajas que le colocan por encima de cualquier otra experiencia de política redistributiva y de protección social. Hoy el Estado de bienestar debe ser reivindicado también como la mejor fórmula para resolver los conflictos de interés mediante el acuerdo o la concertación entre los agentes sociales. Pero es necesario al mismo tiempo afirmar que no debe confundirse esta etapa keynesiana con el modelo socialdemócrata si no se desea incurrir en el error del primer año de gobierno Mauroy en Francia. Por otra parte, esta confusión es intencionadamente esgrimida por la derecha y ciertos sectores radicales de la izquierda que pretenden así invalidar cualquier otra política del socialismo democrático y acusar de derechización a los gobiernos que no echan mano de las recetas keynesianas. Es cierto, en cambio, que en el campo teórico esta experiencia socialdemócrata no produjo prácticamente ningún proceso de reflexión y maduración, lo que debe relacionarse con el bajo nivel de conciencia política que señalaba Paramio. Da la impresión que en la práctica la política se justificaba por sus resultados y la ideología gozaba de autonomía o pasaba a un segundo plano. Se habló del fin de las ideologías. Esta ausencia de un proyecto ideológico acorde con la realidad que vivía la socialdemocracia la hace aún más vulnerable a las críticas que arreciaron, sobre todo a finales de los años sesenta, cuando intelectuales, universitarios y jóvenes recuperan viejos radicalismos y denuncian a la socialdemocracia

que gestiona el capitalismo y el aburguesamiento de las clases populares que la apoyan. Ese radicalismo de los años sesenta que sin duda tiene su base filosófica en la escuela de Frankfurt ha persistido en actitudes, incluso hoy frecuentes, que combinan la radicalidad ideológica con el pesimismo político que les provoca el incumplimiento de sus proyectos utópicos tras el hundimiento de mitos sucesivos, desde la experiencia soviética a las revoluciones en el Tercer Mundo.

El congreso de Bad-Godesberg, de la socialdemocracia alemana, que aproximó las posiciones teóricas a la práctica política, fue objeto de campañas de desprestigio e incluso incomprendido por el socialismo del sur de Europa. La voluntad de la socialdemocracia alemana de modernizar su programa ideológico renunciando a un paradigma filosófico que había perdido su vigencia fue considerado como un símbolo de la traición llevada a cabo por los partidos socialdemócratas a los ideales del socialismo revolucionario.

En el sur de Europa, los partidos socialistas que no habían desempeñado responsabilidades de gobierno debido a las dictaduras de carácter fascista o a otros problemas, intentan un modelo distinto en el que se mantiene el marxismo en su definición de principios y un fuerte componente keynesiano en las políticas económicas. La confianza en la nacionalización de las empresas y la autogestión forman parte de sus señas de identidad. Su aportación al pensamiento socialista es realmente pequeña ya que en gran medida se limitaron a buscar una buena combinación con viejos elementos.

Los años setenta culminan así con un vacío ideológico de la izquierda que, desilusionada ante la fuerza de los hechos, parece resignada a convivir con el concepto de una crisis cultural que aparece más acentuada por el empuje que en el escenario ideológico empieza a tener el neoliberalismo. No era nueva la aproximación entre la filosofía liberal y las posiciones políticas más conservadoras, pero en estos años adquiere una fuerza nueva al coincidir con la crisis del marxismo y la del Estado de bienestar socialdemócrata. Los conceptos básicos de su ideología se basan en el ataque al carácter intervencionista del Estado, la glorificación de un mercado sin regulación alguna y el concepto de libertad entendido precisamente como libertad frente al Estado. La sociedad civil se concibe como la protagonista de su ofensiva ideológica y en su nombre se arremete con violencia contra cualquier intento de limitar el juego libre del mercado en favor de una mayor igualdad o de la libertad para todos. En términos sociológicos esta filosofía produce la escisión en la sociedad o lo que se ha llamado la sociedad de los dos tercios, en la que una parte queda condenada mientras que la otra asegura el apoyo político y goza de los beneficios de la

situación. Los gobiernos de la Sra. Thatcher han constituido ejemplos paradigmáticos de la aplicación de esta filosofía neoliberal.

Sin embargo, ya a principios de los ochenta empiezan a producirse algunos cambios en este panorama que había llenado de pesimismo ideológico a la izquierda europea. Aunque la ofensiva cultural de la derecha que protagonizaban sobre todo los *nouveaux philosophes* franceses no aparecía contrarrestada en la izquierda por un nuevo discurso que superara la maquinal repetición de los grandes principios (aunque sí por algunos hermosos textos de análisis de la crisis cultural), la victoria de los socialistas franceses en 1981 y la de los españoles en 1982 constituyen hechos de una gran importancia que anuncian un giro en el estado de cosas. Sin que se pueda hablar aún con propiedad de un nuevo modelo, creo que es correcto señalar, como lo ha hecho Manuel Escudero, la posibilidad de distinguir entre la socialdemocracia y el socialismo democrático, y que «éste se ha convertido en un proyecto político viable en el sur de Europa y en plena transición económica y social, derivada de la crisis económica de los años setenta». En un corto período Suecia, Noruega, Austria, Italia, Francia, Portugal, Grecia tienen gobiernos de mayoría absoluta socialista o con una fuerte participación de los partidos de la Internacional Socialista en ellos. Grandes cambios empiezan a caracterizar así una década que empezó en el más oscuro pesimismo, tanto respecto a la tensión entre Este y Oeste como en el desequilibrio entre el Norte y el Sur o la incapacidad socialista de superar su propia situación crítica.

Sin duda el reconocimiento tácito por Gorbachov de la inviabilidad del sistema soviético y la puesta en marcha de la *perestroika* es el acontecimiento que ha de tener mayores consecuencias en el campo ideológico. No se trata ya de una denuncia respecto a una determinada época política en la URSS, como la realizada por Jruschov durante el XX Congreso del PCUS contra la etapa de Stalin, sino de la puesta en evidencia de que la sociedad que debía constituir el modelo de felicidad socialista es una sociedad cerrada, caracterizada por la falta de democracia y libertad, la penuria económica y el atraso cultural, que busca soluciones en la aproximación al occidente del mercado y del parlamentarismo. No otro sentido tiene que lo que se quiere presentar como una reforma normal implique el fin de la economía planificada, del monopolio estatal de la propiedad y de la dictadura del partido único, así como la puesta en marcha de un programa de transparencia informativa (la *glasnost*). Los grandes vectores del sistema caen a pedazos. En Polonia y en Hungría los cambios son aún más profundos. Seguramente hace unos pocos años ninguno de nosotros hubiera apostado por la posibilidad de que en nuestra corta experiencia se anunciara un cambio tan espectacular. Aunque es conveniente no precipitarse en las conclusiones, los acontecimientos en China

constituyen en este sentido una clara y terrible advertencia, lo cierto es que después de una larga confrontación respecto a la hegemonía ideológica en la izquierda, hoy es difícil que nadie pueda discutirle ese papel al socialismo democrático. Prueba de ello es el interés que muestran los países que siguen el camino de la *perestroika* por el modelo del socialismo democrático e incluso, más concretamente, por la experiencia española. El acercamiento más o menos sincero de los comunistas italianos a los postulados de la Internacional Socialista, y la voluntad ya expresada de llegar a acuerdos orgánicos con el grupo socialista del Parlamento Europeo, parecen confirmar también que no se trata de una presunción injustificada.

Pero el panorama de los ochenta es necesario completarlo con otros acontecimientos relacionados también con los cambios en la Unión Soviética, como la disminución de la tensión entre bloques, las iniciativas de desarme o las nuevas posibilidades de cooperación Este-Oeste o derivadas de la recuperación de la democracia en varios países de la América Latina. Aunque la falta de solución al problema de la deuda crea en ese continente el caldo de cultivo para nuevas amenazas o para una radicalización sin salida de la izquierda, hoy se afirma el camino democrático frente a la vía revolucionaria en el pensamiento de la izquierda latinoamericana.

Otra característica de esta década es el creciente protagonismo europeo, favorecido por la distensión internacional y los avances en su proceso de unidad, tanto en el marco político de la C.E.—Acta Unica— como en el horizonte cultural de una Europa más completa. En este sentido hay que destacar el papel preponderante que ha adquirido la izquierda —especialmente el socialismo democrático— en la construcción europea, hasta el punto que si en otros tiempos el europeísmo resultaba una doctrina sospechosa para las ideologías de izquierdas, hoy es la derecha neoliberal la que parece empezar a no creer en un proyecto que, excepto el mercado único, no sabe muy bien que beneficios le puede reportar.

Por el contrario, para los socialistas europeos, el europeísmo se ha convertido en una de nuestras señas de identidad. Sin Europa la izquierda no existe, ha dicho Felipe González. Europa puede ser en el futuro un modelo de sociedad solidaria, libre y democrática que juegue un papel a la hora de que otras sociedades elijan el camino a seguir.

Tres

Hoy el socialismo democrático se caracteriza por su carácter abierto, alejado de cualquier forma de dogmatismo y su esfuerzo

por hallar las respuestas que le permitan salvaguardar sus valores tradicionales ante un futuro que se caracteriza por la complejidad de los nuevos problemas y demandas sociales y por los retos que pueden amenazar la propia continuidad planetaria: la amenaza nuclear y la destrucción ecológica. Por eso la idea de una sociedad final perfecta e inmutable ha sido sustituida por la idea de un camino que encuentra nuevos obstáculos y dificultades que vencer.

En el marco teórico y de la filosofía moral, hoy más que nunca el socialismo reclama la continuidad con la tradición ilustrada. Como ha recordado con frecuencia Norberto Bobbio, los valores de la igualdad, la libertad y la solidaridad siguen siendo la estrella polar del socialismo. Así lo ha recogido también el reciente Congreso de la Internacional Socialista en Estocolmo, que ha definido asimismo la democracia y los derechos humanos «no como medios políticos para alcanzar los fines del socialismo, sino como la esencia misma de esos fines». El problema se plantea en cuál es el proyecto que realmente puede avanzar por el camino de la igualdad cuando surgen nuevas formas de desigualdad cuya base no es el conflicto económico sino la consecuencia de viejas y nuevas situaciones de dominación que algunas veces la propia izquierda no quiere plantearse. O cómo se adquieren nuevas cotas de libertad sin disminuir la igualdad en una cultura que se va a caracterizar —se caracteriza ya— por sofisticadas posibilidades de control individual y colectivo. Tampoco el camino de la solidaridad es fácil cuando las tentaciones del nacionalismo insolidario no han dejado de existir y una parte del mundo se halla en una situación tan desesperada que puede llegar a constituir una amenaza para la paz mundial.

El colectivismo, la ortodoxia marxista, el historicismo han desaparecido del horizonte teórico del socialismo moderno y constituyen etapas más o menos trascendentes de una tradición. Sólo en una visión muy simplificada puede olvidarse, sin embargo, que las raíces marxistas constituyen una de las fuentes más importantes del socialismo, y si algunos de sus planteamientos como la revolución, la dictadura del proletariado o el determinismo histórico están completamente superados, otros aspectos de la filosofía marxiana constituyen aún temas de debate para el socialismo actual. De todas maneras no se debe caer en la tentación de simplificar los problemas. No se trata, como parecen querer algunos, de escoger entre el individualismo neoliberal y el colectivismo socialista o el estatalismo burocrático que caracterizó muchas veces al Estado asistencial de los años sesenta y setenta. Comentando el *Manifiesto* de Peter Glotz (Editorial Pablo Iglesias, 1987), que reivindica los valores del individualismo solidario para la nueva izquierda europea, Felipe González resaltaba en el prólogo la necesidad de evitar las simplificaciones, la necesidad de combinar las ideas de moder-

El socialismo aparece, después de los acontecimientos de los últimos veinte años y de sus secuelas ideológicas y culturales, como la única opción de la izquierda con la capacidad de proponer un modelo factible para una sociedad más justa y más igual en un contexto democrático. Sin embargo, el futuro no es un camino de rosas. Por un lado, el socialismo deberá vencer en el frente de la ofensiva neoliberal. Por otra, responder a los nuevos retos que le presentan las transformaciones de todo tipo que caracterizan al mundo actual.

La relación entre socialismo y democracia ha constituido uno de los temas centrales en la especulación teórica. Norberto Bobbio ha escrito páginas que recordamos todos los socialistas y, en España, Elías Díaz le ha dedicado una buena parte de su reflexión sobre el socialismo. En nuestra concepción actual, la máxima coherencia del proyecto socialista reside en garantizar una sociedad que es dueña de su propio destino. La sociedad debe controlar todos los aspectos de la vida social e institucional, garantizando la libertad individual. El consenso social será el principio rector de una sociedad que controla sus procesos de futuro. La extensión de la democracia en la vida pública, económica y social constituirá así uno de los objetivos fundamentales. No sólo se trata de la democracia económica, seguramente el reto mayor que tiene planteado la dimensión democrática del proyecto socialista, sino de introducir mayores niveles de democracia en todos los aspectos de la vida que implican relaciones entre los ciudadanos o los ciudadanos y las instituciones. Para el sindicalismo, que debe abordar la tarea histórica de su propia reconversión desde los viejos planteamientos reivindicativos, se abren nuevas posibilidades de intervención social de una gran trascendencia.

El Estado social debe asumir la garantía de la igualdad de oportunidades pero ésta no puede ser entendida sólo como unos mínimos de partida. Los ciudadanos deben partir de unas mismas condiciones aunque luego sea el ejercicio de su propia libertad individual o la iniciativa de cada uno quien dirija sus respectivos desarrollos y su papel en la sociedad. La igualdad a la que aspiramos los socialistas no es la igualdad que cercena la libertad del individuo ni la que pretende una nivelación de méritos y necesidades, generalmente contradictoria con la justicia social y frecuentemente contradictoria con los intereses de los presuntos beneficiados. Sin embargo, este rechazo de un igualitarismo simplista no puede llevar a capitular respecto a la necesidad de asegurar el mínimo vital para todos los ciudadanos así como los instrumentos para sus posibilidades de superación. Abandonada la fe, más de origen ideológico que de racionalidad económica, en la amplia-

ción del sector público y en las nacionalizaciones, el socialismo busca una concepción del Estado que garantice la eficacia de las políticas redistributivas y el control social de la inversión y de los procesos productivos. No plantea una alternativa al mercado sino el imperativo de su regulación, de contrarrestar las disfunciones e injusticias que éste necesariamente genera. Todas estas afirmaciones que constituyen moneda común en el socialismo europeo son a veces objeto de una distorsión de carácter ideológico, producto sin duda de un retraso en la reflexión teórica y, sobre todo, de la incomodidad que provoca en muchos los cambios en principios y fórmulas que parecían consustanciales con la izquierda progresista.

Vivimos una época que se caracteriza por el cambio y el riesgo. Las profundas transformaciones sociales que están variando las fuentes de la desigualdad y de la dominación en la sociedad, el reto de las nuevas tecnologías que de ninguna manera pueden no ser asumidos por la izquierda, lo que Oskar Lafontaine ha llamado la sociedad del riesgo y que no es otra cosa que el conjunto de amenazas que llevan a que la seguridad sea el bien más deseado, los interrogantes que aún se ciernen sobre la posibilidad de la paz tanto en un sentido universal como en la eliminación de los conflictos regionales, forman un cuaderno de deberes que el socialismo debe resolver. Es relativamente fácil concluir que ha culminado una etapa del pensamiento socialista y que se abre la necesidad de una profunda renovación.

En el socialismo democrático se está produciendo un debate cada vez más generalizado e intenso sobre los planteamientos teóricos que es necesario revisar y las nuevas estrategias a seguir. Las condiciones más importantes son la renuncia a cualquier forma de inmovilismo o anquilosamiento, la renuncia a ese conservadurismo de izquierdas que denunciaba Felipe González en su prólogo al *Manifiesto por una nueva izquierda europea* ya citado, y la valentía con que se deben afrontar las nuevas demandas y problemas sin renunciar a los valores tradicionales del socialismo. Esos valores que se trata precisamente de preservar en tiempos que, usando una vieja metáfora de Bertolt Brech, no son buenos para la lírica.

Cuatro

Muchos de los problemas que hoy tiene planteados la sociedad y que configuran los retos a los que debe responder el socialismo democrático del futuro no podrán resolverse únicamente con la acción política. Producir los cambios necesarios en la cotidianidad y en la vida familiar para resolver definitivamente el problema de la mujer o el de la tercera edad no está al alcance de ningún

programa político. Tampoco dar respuesta a todos los problemas de la calidad de vida, de la conservación del medio ambiente, de la solidaridad intergeneracional o erradicar la cultura de la droga de nuestro entorno. Son muchos los problemas que sólo con una profunda transformación cultural encontrarán el camino de salida. Por otra parte, los proyectos culturales pueden ser decisivos para hallar un mayor nivel de consenso social. Por tanto es necesario afirmar que cualquier proyecto político, y especialmente el socialista, debe ir acompañado de un impulso cultural de transformación.

Hoy es posible hacer una sociedad más creativa, del mismo modo que existen peligros evidentes para el desarrollo de la creatividad. La solución reside, sin duda, en un proyecto cultural asumido por los ciudadanos conscientemente. También hoy es posible recuperar el valor del internacionalismo que durante décadas constituyó una de las señas de identidad más claras de la izquierda; sin embargo la insolidaridad puede acentuar las diferencias que hoy existen entre los países desarrollados y el Tercer Mundo.

En su ensayo sobre *El destino de la libertad*, Salvador Giner especula sobre el fin de la primacía de lo económico (el capitalismo que lo ha impregnado todo) y anuncia una vuelta a la política y a la cultura. «Los fenómenos que son estrictamente culturales cobran hoy un cariz cada vez más decisivo en la determinación de nuestro destino y por tanto en la de nuestras posibilidades de hacernos nosotros mismos nuestro propio mundo, es decir, de ser libres» (4). Aunque es difícil estar en todo de acuerdo con el pensamiento de Giner, entre otros motivos porque no le gustaría, creo que sus reflexiones son muy sugestivas a la hora de afirmar que es necesario que la cultura tenga un papel importante en el proyecto del futuro. Algo así como la culturalización de la sociedad, del poder, de las instituciones.

A la vez que frente al descrédito de la acción política que se percibe y que es, sin duda, secuela de la filosofía neoliberal, hay que afirmar la dignidad y el carácter necesario de una acción política para afrontar los retos que tenemos frente a nosotros, es preciso también reconocer la limitación de la acción política para hacerlo sin un proyecto de cambio cultural en profundidad. Cuando me refiero a un proyecto cultural pienso en el proyecto de toda una sociedad, y en una cultura que, como dice Giner, aunque debe «incluir todo un mundo de certidumbres, incluye también, por mor de su dinámica innovadora, un mundo igualmente amplio de incertidumbres» (5). Un proyecto que no es producto sólo de un partido político o de determinados sectores, sino que reúne el esfuerzo y la voluntad de cuantos desean construir el futuro en el sentido de la prosperidad, la tolerancia, la justicia social y la libertad. Pienso que esta es la razón por la que debemos hacer una lla-

mada a los intelectuales, a los artistas y a los escritores y solicitar su colaboración en ese proyecto. La actitud crítica con ser muy importante no es suficiente. El proyecto del futuro del socialismo sólo podrá completarse con la ayuda de estos sectores, con los que el Partido Socialista desea contar para construir su proyecto de futuro.

Ponencia dictada en el curso sobre «Las Transformaciones Ideológicas del Socialismo en los años 70-80», de la Universidad de Verano de El Escorial, el 21 de julio de 1989.

(1) A. Guerra, *Nuevos horizontes para el socialismo*. Ed. Sistema. Madrid 1987, pág. 13.

(2) L. Pellicani, «El mito de las revoluciones», que se publica en este mismo número de *Leviatán*.

(3) L. Paramio. *Tras el diluvio*. Ed. Siglo XXI. Madrid 1988, pág. 146.

(4) S. Giner. *El destino de la libertad*. Espasa Calpe, Barcelona 1987.

(5) S. Giner, op. cit.